


MENSAJE DEL LCDO. RAFAEL HERNANDEZ COLON EN OCASION
DE LA PRESENTACION DE SU LIBRO *VIENTOS DE CAMBIO*

HOTEL EL CONVENTO
VIEJO SAN JUAN, PUERTO RICO
JUEVES 22 DE JULIO DE 2004



Agradezco su presencia en este acto y las expresiones de quienes me han precedido sobre Vientos de Cambio, el primer tomo de mis Memorias que cubre los años desde 1964 hasta 1972. Durante esos años fui Secretario de Justicia, Presidente del Senado, Presidente del Partido Popular Democrático y candidato triunfante a la gobernación del Estado Libre Asociado. El segundo tomo cubrirá mi primer mandato como gobernador y los 8 años de oposición a Carlos Romero Barceló hasta 1984. El tercero, los últimos dos mandatos como gobernador.

Durante los años de 1964 a 1972 que cubre este tomo, miles de populares colaboraron conmigo. Me he esforzado para recordar tantos de ellos como he podido y mencionarlos en el texto por sus nombres, pero por las limitaciones de espacio y de memoria, no les he podido hacer justicia a todos. Pienso que estas Memorias no son solo mías, sino también las de aquellos que estuvieron a mi lado durante esos años.

Debo agradecer a numerosas personas la ayuda que me brindaron para la preparación de este tomo de mis Memorias que hoy presento.

Primero, y antes que nada, a Irma Gloria, mi secretaria que ha estado junto a mí por toda mi vida pública.

A Gerardo Berríos, quien ha hecho el trabajo de investigación y clasificación de los documentos del Archivo de la Fundación Biblioteca Rafael Hernández Colón.

A Carmencita García, quien también colaboró en la clasificación de los documentos para el archivo.

A Luis y Gustavo Agrait y a José Roberto Martínez, por sus revisiones del texto.

A Jesús Tomé, por las correcciones editoriales.

A Vanessa Guerríos, quien fue mi ayudante en Fortaleza y que ahora tiene su pequeña agencia de publicidad, por la selección y montaje de fotos y por todo el trabajo que hizo con la Imprenta Ramallo para llevar a cabo la impresión de este texto. A ella le debemos que podamos estar haciendo esta presentación en el día de hoy.

A Letty Cartagena, por haberse encargado de haberles invitado a todos ustedes para el día de hoy.

A Angel y Angelito Ramallo y al personal de la Imprenta Ramallo, por la excelencia de su trabajo. En los días que estuve con ellos, pude comprobar que la figura, el amor, la enseñanza y actitud ante la vida de mi querido amigo Esteban Ramallo, que en paz descansa, formaron el modelo que ellos siguen con el paso de los años.

A la Fundación Plaza Las Américas que proveyó los fondos a la Fundación Biblioteca Rafael Hernández Colón, para la organización del

archivo de la Fundación, la cual fue esencial para la preparación de estas Memorias.

Y a Miguel Lassoﬀ, por la ayuda que brindó con el mismo propósito.

Dedico estas Memorias a Lila quien, aunque hubiera preferido que yo no entrara en la vida pública, empeñó todo su corazón en apoyarme y sacar adelante a nuestra familia. Todos los retos que enfrenté, los enfrentamos juntos. Absolutamente compenetrados como una sola persona. Lila fue una bendición de Dios. Un tesoro que alegró mis días y fortaleció mi espíritu a lo largo de toda su vida. Su inmenso amor, su carácter alegre, su temple, su sencillez, su manera de ser como esposa y madre, y su sentido de familia, brindó a mí y a mis hijos un hogar de una enorme felicidad. Sin ella, nada de lo que narro aquí, se hubiera podido llevar a cabo.

El libro que presento es un repaso histórico y biográfico que se enmarca en una etapa de singular importancia en la historia puertorriqueña del siglo 20. Lo titulo Vientos de Cambio porque, luego de un largo periodo de calma y estabilidad que comenzó al final de la Segunda Guerra Mundial y se extendió a través de la década de los cincuenta hasta principios de la década siguiente, vinieron los años comprendidos en este tomo durante los cuales se produjeron cambios profundos en lo social, en lo económico, en lo cultural, en lo político, y en el liderazgo generacional, tanto en el mundo como en Puerto Rico.

El año de 1968, en particular, marca un antes y un después en la historia del pueblo puertorriqueño. Un antes generacional y de continuidad en un proyecto político histórico, un después de discontinuidad, alternancia, e indecisión respecto al proyecto que se quiere realizar.

Este tomo cubre los años en que Luis Muñoz Marín, fundador del Partido Popular Democrático, se retiró de la gobernación y de la dirección de su partido.

Roberto Sánchez Vilella, elegido gobernador por el Partido Popular en 1964; lo abandonó en 1968 para postularse por el recién creado Partido del Pueblo, que desapareció luego de las elecciones de 1972.

Luis Ferré se fue del Partido Estadista Republicano, fundó el Partido Nuevo Progresista, y fue elegido gobernador en 1968.

El Partido Estadista Republicano desapareció.

Ferré fue derrotado en 1972.

Carlos Romero Barceló asumió poco después la presidencia del Partido Nuevo Progresista.

Gilberto Concepción de Gracia --presidente y fundador del Partido Independentista Puertorriqueño-- murió en 1968. Poco antes de su muerte había sido sustituido en la dirección del partido por el triunvirato de: Rubén Berríos, Antonio J. González y Jorge Luis Landring. El triunvirato se desbandó y en 1968 se formaron por González y Landring, dos partidos nuevos: el Partido de Unión Puertorriqueña, y el Partido Auténtico Soberanista, los cuales desaparecieron en 1972.

Antonia Martínez murió en un tiroteo en la Universidad de Puerto Rico, en la cual los estudiantes protestaban contra el R.O.T.C.

En París la juventud tomó las calles y estuvo a punto de derribar al general De Gaulle, quien estaba en todo su apogeo como Presidente de Francia.

En Estados Unidos miles de jóvenes se rebelaron contra la guerra de Vietnam.

Martin Luther King, líder del movimiento pro derechos civiles, fue muerto en un motel de Memphis, Tennessee.

El Ché Guevara, que participó destacadamente en la revolución cubana, entregó su vida combatiendo con las guerrillas bolivianas, a las que comandaba.

Los Comandos Armados de Liberación, el Partido Socialista Obrero que encabezaban Narciso Rabell Martínez y Roberto H. Todd y el Movimiento Revolucionario Armado, liderado por Filiberto Ojeda, atentaban a través del uso de explosivos contra tiendas como K-Mart, Sears, Kresgee, las instalaciones federales y los hoteles de turismo en Puerto Rico.

Una epidemia de huelgas y de invasiones de terrenos se extendió por toda la geografía puertorriqueña.

La droga se convirtió en el principal problema del país, conforme a las percepciones de nuestro pueblo.

Los 'hippies' reclamaban paz y amor de nuestras sociedades.

Durante esos años convulsos entré de lleno a la vida pública.

Los temas principales que son objeto de la narración son la transición de liderazgo generacional, las razones que me motivaron a entrar en la vida pública, la ruptura entre Muñoz Marín y Sánchez

Vilella y la primera derrota del Partido Popular Democrático, la democracia interna en este partido, el primer esfuerzo concertado entre Estados Unidos y Puerto Rico para resolver el problema de nuestro status político, el pronunciamiento de Aguas Buenas, la primera experiencia de co-gobierno en Puerto Rico con Ferré en la gobernación y yo en la presidencia del Senado, la primera fase de la lucha por la liberación de Culebra, y mi campaña para la gobernación en 1972.

La narración comienza con la Asamblea del Partido Popular celebrada en Mayaguez el 16 de agosto de 1964, donde Muñoz Marín anuncia su retiro de la gobernación y en la cual me encontraba presente. En ese contexto, hago unas reflexiones sobre las actitudes de los jóvenes de entonces hacia la política y la vida pública.

Los jóvenes nos acercábamos a la política con ilusión. La revolución pacífica que llevó a cabo el Partido Popular era un fértil legado histórico que nutría nuestra fe en la democracia y fecundaba nuestra esperanza de alcanzar nuevas cumbres para el pueblo puertorriqueño.

Cuando nací en 1936, Puerto Rico era un país pobre, un país subdesarrollado. La pobreza no andaba muy lejos de mi casa. Cruzando el Río Portugués de Ponce, se hallaba el barrio Machuelito con todas las carencias imaginables, rodeado de cañaverales. Su buena gente, hacinada en casuchas, bregaba para subsistir a base de salarios de hambre. Y en Puerto Rico había muchos machuelitos.

Viví la transformación de aquel Puerto Rico, realizada por el Partido Popular, hasta llegar a ser un país en pleno desarrollo, gracias a la implantación de un programa vigoroso de

industrialización de una educación para todos, adecuada atención a la salud, logrando ampliar los límites de la clase media y creando en la sociedad un estado de optimismo y de esperanza.

Viví y supe lo que vale el poder del voto, sostenido a lo largo de los años para transformar la oprobiosa realidad --la tierra azotada como la describió el último gobernador norteamericano-- en una situación de progreso con justicia. El concepto que entonces se usaba muy correctamente, para describir lo ocurrido en Puerto Rico, era el de revolución pacífica. Vivir estos cambios fue nutrir el espíritu para siempre.

Viví la génesis, el origen y nacimiento del Estado Libre Asociado que era, en palabras del Juez Presidente del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, Earl Warren, el más nuevo experimento y quizás el más notable de los experimentos gubernamentales de norteamérica, en nuestras vidas; el E.L.A. tenía para el Presidente Eisenhower, un record de logros que lo constituía en la inspiración de muchos pueblos del mundo. Para mí era un vehículo de reconciliación nacional, que brindaba espacio y lugar para todos, que nos permitía un convivir capaz de convocar a nuestras grandes mayorías y colmar nuestros anhelos de libertad. Las posibilidades del Estado Libre Asociado como forma autonómica para una nación que se encontraba dentro de otra nación, me parecían fascinantes y esperanzadoras.

Los jóvenes sentíamos gran orgullo por lo que se había alcanzado, pero a la vez, sentíamos que todavía faltaba algo más para que nuestro pueblo estuviera revestido de toda la dignidad política que le correspondía. Nuestra relación con la nación más poderosa

del mundo nos convoca día a día a defender nuestra identidad y nuestra dignidad y el ámbito político que le corresponde. De ahí que, en los jóvenes que dijeron presente en Mayagüez, hubiera un deseo profundo de resolver esto que llamamos el problema del status.

Al cumplir sus 66 años de edad, y 24 consecutivos en el poder, Muñoz Marín que había liderado el movimiento que había transformado a Puerto Rico y había creado el Estado Libre Asociado, dejaba el poder voluntariamente y en contra de las preferencias de sus seguidores, para hacer posible la transición del liderazgo, de tal forma que el movimiento continuara sirviéndole ininterrumpidamente a Puerto Rico, pues el Partido Popular le quedaba mucho, pero que mucho, por hacer.

Muñoz había transigido con su ideal de independencia, para adoptar la fórmula de asociación con Estados Unidos debido a que esta última ofrecía mayores oportunidades de libertad integral al puertorriqueño: la de ser libre del hambre, de la ignorancia, de la enfermedad, de la pobreza junto a las otras libertades que componen la libertad integral. Pero el Estado Libre Asociado tenía un déficit democrático y Muñoz estaba muy consciente de ello. El poder federal pesa sobre Puerto Rico sin nuestro consentimiento. El proyecto político-histórico del Partido Popular consistía, y todavía consiste, en alcanzar el poder que le falta al pueblo dentro de la asociación con Estados Unidos.

Yo, al igual que los jóvenes que estábamos en Mayagüez ese día, sentía que ese proyecto político-histórico se podía realizar. Sentíamos un optimismo esencial, que las cosas iban bien para todos.

Que superaríamos los problemas que existían. Que Puerto Rico era un dinámico crisol de democracia, justicia social, progreso económico, afirmación cultural y creatividad constitucional. Puerto Rico nos llenaba de orgullo, hablábamos de una gran civilización, y nos comprometíamos a continuar luchando para llevarlo a esa plenitud. Por eso me encontraba aquel 16 de agosto en Mayagüez.

Pero no era mi deseo ni mi intención entrar de lleno a la política o a la vida pública. Al igual que los jóvenes que estábamos allí presentes, confiaba en que la transición que Muñoz Marín estaba instrumentado a través de Roberto Sánchez Vilella, encausaría al Partido Popular en su servicio al país hacia el futuro. Pero el hombre propone, y Dios dispone. En menos de una década, cambiaría de forma insospechada la estructura generacional de liderazgo en Puerto Rico. Si alguien me hubiera dicho aquel día en Mayagüez que yo habría de desempeñar el papel que desempeñé en ese proceso, le hubiera mirado con la perplejidad y el desconcierto con que contemplaría a un extraterrestre.

La primera llamada me vino de Roberto Sánchez Vilella para que asumiera la Secretaría de Justicia. La decisión de aceptar fue sumamente difícil para mí. De niño, me había hecho de la idea de que mi vida consistiría en ejercer de abogado en mi ciudad natal de Ponce tal y como lo había hecho mi padre. Me iba muy bien en mi bufete y Lila y yo, junto a nuestros hijos, éramos sumamente felices dentro del entorno familiar en el cual nos habíamos criado. A pesar de que le dije que no inicialmente a Sánchez, éste insistió y me planteó razones que, moralmente, me obligaron a aceptar. Al hacerlo, expresé lo siguiente al pueblo de Puerto Rico:

Se llega el momento en la vida de los hombres, en que las convicciones ideológicas tienen que ser respaldadas por sacrificios personales o dejan de ser convicciones, o se deja de ser hombre. Como puertorriqueño, mi preocupación fundamental ha sido la cuestión del status y he dedicado gran parte de los últimos 10 años de mi vida al estudio de ese problema. Estoy convencido de que el Estado Libre Asociado es, no solamente el mejor camino, sino el único camino para el pueblo de Puerto Rico. Espero poder hacer una contribución en ese campo, conjuntamente con el desempeño cabal de las múltiples responsabilidades del cargo.

Mi desempeño en la secretaría de Justicia en torno al tema del status que era objeto de un estudio a fondo por una comisión conjunta designada por el Presidente de los Estados Unidos y el Gobernador de Puerto Rico, me vinculó estrechamente con don Luis Muñoz Marín, quien era el co-presidente de esa comisión. Esto me llevó a desempeñar un rol protagónico de segundo nivel en el plebiscito que la comisión recomendó que se celebrara para que el pueblo decidiera sobre su preferencia de status.

Después de ese plebiscito que ganó el Estado Libre Asociado por un 60% de los votos, regresé a la vida privada en Ponce. Muñoz Marín, sin embargo, me reclutó para que fuera Senador por Acumulación de cara a las elecciones del '68, lo cual acepté porque era una forma de contribuir al país, a tiempo parcial, mientras

continuaba ejerciendo de abogado en Ponce ya que, para aquella época, no existía tal cosa como el legislador a tiempo completo.

La segunda llamada me vino insospechadamente con motivo de esa decisión, pues el Partido Popular inesperadamente perdió la gobernación y la Cámara en las elecciones del '68, pero retuvo el Senado. Muñoz Marín, que había sido electo Senador, rehusó la presidencia del Senado y esto me colocó de nuevo en la situación de tener que tomar otra decisión de entrar de lleno a la vida pública como lo había hecho cuando acepté la secretaría de Justicia. Estaba nuevamente ante un imperativo moral, por las siguientes razones:

La decisión de Muñoz de no asumir el liderazgo del Senado, había creado una crisis porque el partido había perdido sus líderes principales con la separación de Sánchez Vilella del Partido Popular y la derrota de Negrón López y de Chaguín Polanco Abreu, candidatos a la gobernación y a la comisaría residente, respectivamente.

El Partido Popular que sustentaba los valores e ideales que yo quería ver realizados en la vida del pueblo puertorriqueño --el desarrollo económico con profunda justicia social, la afirmación de lo puertorriqueño, el ideal autonómico-- se encontraba en una coyuntura generacional que implicaba el ocaso de la generación fundadora y su imprescindible renovación con líderes que pudieran servir al pueblo por muchos años más que los que le restaban a nuestros fundadores.

Dentro de los senadores que componían la mayoría popular, no estaba disponible otro que pudiera llevar a cabo la renovación.

La presidencia del Senado era esencial para producir la renovación.

Decidí luchar la presidencia. Prevalecí y, con mis 32 años y mi escasa experiencia en la vida pública y en la política, tuve que enfrentarme al reto de la renovación del Partido Popular, al co-gobierno del país, la oposición a Ferré y la campaña para llevar al partido nuevamente al poder.

La renovación que hubo que llevar a cabo en el partido, fue profunda. Renovación de su compromiso con los ideales que sustentaba y desarrollo de la voluntad para la realización de los mismos. Renovación de actitudes, de que cada popular asumiera las responsabilidades que le correspondían y apertura de los canales de participación democrática para aquellos que se decidían a colaborar en lo que llamábamos, el rescate de Puerto Rico. Renovación y modernización de métodos y estilos de campaña. Renovación de líderes, no sólo por jóvenes, sino por todos aquellos con energía que tuvieran algo que aportar a poner al día nuestro partido.

El co-gobierno no fue fácil, pero se pudo llevar a cabo. Toda la legislación que Ferré ofreció al pueblo en las elecciones del '68 y que propuso a la Asamblea Legislativa, se aprobó por el Senado. También logramos que la Cámara y Ferré aprobaran iniciativas del Senado como la resolución para enmendar la Constitución y conceder el voto a los 18 años, la creación de la Junta de Calidad Ambiental y el Departamento de Recursos Naturales y el Centro de Bellas Artes de Minillas.

La oposición a Ferré fue dura. Logramos evitar errores serios como el improvisado Patrimonio para el Progreso, la entrega de áreas de Culebra a la Marina, y la adulteración del mandato plebiscitario de 1967 en favor del desarrollo del Estado Libre

Asociado hasta un máximo de gobierno propio, para encaminarlo hacia la estadidad federada.

La campaña para llevar al Partido Popular nuevamente al poder fue extremadamente difícil. Había la presunción para aquella época, basada en experiencia histórica, de que, una vez que los partidos perdían el poder, nunca volvían a recuperarlo. El Partido Popular había quedado desmoralizado y abismalmente endeudado, luego de las elecciones del '68. Yo carecía de experiencia política y Ferré era excelente haciendo campaña. No existía para aquella época, un límite a los gastos de campaña ni se prohibían los anuncios políticos del gobierno. Como un ejemplo de los cañonazos propagandísticos a los cuales estábamos sometidos, recuerdo que durante el mes de agosto antes de las elecciones, el PNP pasó 658 anuncios por televisión, el gobierno 1,102, y nosotros 187.

El asombro que se produjo en Puerto Rico ante nuestra contundente victoria, lo resumió muy bien Alex Maldonado en su columna dos días después de las elecciones, de la siguiente manera:

"Expresado en los términos más sencillos, todo estaba a favor de Ferré y nada a favor de Hernández.

El tremendo poderío del gobierno, el dinero, el talento publicitario y el fanatismo ideológico estaban a favor de Ferré. El hecho de ser el gobernador, la imagen de madurez y experiencia, la seguridad sobre el status político, también estaba a su favor".

Ferré parecía sencillamente invencible".

La historia de cómo ocurrió todo esto, es la historia que contiene el libro que hoy les presento. Es, en parte, la historia de mi respuesta al llamamiento de servir a nuestro pueblo a través del partido que, identificado en su origen con el dolor de nuestro pueblo, se dedicó en cuerpo y alma a plasmar las aspiraciones de ese pueblo dentro de nuestras realidades y circunstancias geográficas, inspirando de esa manera una vocación de servicio en mi generación que me llevó a abandonar mi patria chica para servirle a la patria grande de todos los puertorriqueños. Pero es mucho más la historia de la respuesta de miles y miles de puertorriqueños que dijeron "presente" en aquel momento histórico, aglutinados por los ideales del Partido Popular y su amor a esta patria, que lucharon sin descanso, y con generosidad de espíritu, para que Puerto Rico siguiera siendo Puerto Rico.
